

Manon Lescaut

Las presentes líneas son impresiones de lector y no de crítico, y hago esta advertencia porque me disgustaría que alguien me tomara como tal pues no presumo serlo, ni mucho menos. He tomado como tema de este trabajo a "Manon Lescaut", simplemente por ser éste el último libro que he leído, pero debo confesar, en honor a la verdad, que me ha interesado la novela del Abate Prevost y en más de una ocasión, durante su lectura me han conmovido las desgracias de esta "criatura extraordinaria" tan apasionada e inclinada por disposición natural a los placeres; y estoy convencido que a más de uno, de los que me honrarán en leer estas líneas, les habrá sucedido lo que a mí, al leer la obra, y más de una lectora habrá expresado su conmoción derramando algunas tiernas lágrimas por la desventurada suerte de la seductora Manon.

Hay obras maestras cuyo argumento es tan conocido por todos que la obra misma está condenada al olvido. Un ejemplo claro, de lo que decimos, es el Quijote — salvando distancias — ¿Quién ignora, por ejemplo, que ha existido un Cervantes, que escribió un libro que se llama "Don Quijote" y que éste era caballero andante que se lanzaba por el mundo en busca de aventuras y que era loco, por añadidura?; pero ¿cuan pocos son los que se toman el trabajo de leer la obra; o si han intentado hacerlo hayan pasado de la décima página! No sucede esto solamente entre nosotros sino también en la misma España y, —; cosa más grave aun! entre los que

dicen cervantistas. Ya se lamenta de ello el ilustre erudito y cervantista de verdad: Rodríguez Maríán al hablar de los cervantistas que se entusiasman al oír hablar de Cervantes, del Quijote o de las novelas ejemplares; pero que muy pocos de entre ellos los han leído... Sin establecer comparaciones, diría que cosa análoga sucede con la obra que nos ocupa, pues es tal su fama y tan difundido su argumento — por el libreto de ópera que, como todos de su género, tienen muy poca importancia — que son contados, según he podido averiguar, los que han leído el original, es decir, la novela del Abate Prevost muy digna por cierto de ser conocida.

“Hay obras licenciosas — dice Paul de Saint Victor — que se admiran a pesar de sus manchas, y sentimos no poder lavar las páginas inficionadas, Manón Lescaut ofrece la asombrosa excepción de una novela que gusta por su misma corrupción y por nada en el mundo querríamos rehabilitar a su heroína” (1)

La lectura de esta novela, en efecto, nos atrae y nos sugiere y no se pierde ni por un momento el interés de la narración y sufrimos con sus personajes y nos inspira una no se que respetuosa compasión.

Como género literario podríamos asignarla como novela sentimental o psicológica de una psicología profunda, sutil abundando también en ella elementos picarescos. Los frecuentes quejidos y lamentos del narrador, el ardor de expresión, que en otros libros degeneraría en énfasis tiene naturalidad en ésta y nos hace recordar a veces a la “Fiammetta” de Boccaccio; pero este último libro es demasiado enfático, falta de naturalidad y en extremo pesado por su estilo artificial y es de menos profundidad psicológica, no inspirándonos la admiración la compasión que sentimos al leer las deliciosas páginas del Abate Prevost.

La novela que nos ocupa es, a semejanza de la de Boccaccio autobiográfica; el autor se propone a transmitirnos una “historia” que le fué referida por el caballero Des Grieux, es decir, el amante y compañero en la desgracia de Manón de quien nunca se separó en definitivo desde que la vió por primera vez,

(1) Paul de Saint Victor, «Hombres y Dioses».

y en cuyos brazos expira Manón allá lejos allende el océano en una región desierta de Nueva Orleans.

He dicho que la novela tiene forma autobiográfica; ahora bien, ¿será ésta una simple ficción literaria hecha en una forma artística, o es una historia verdadera y todo lo que nos refiere del caballero Des Grieux no es más que una aventura amorosa de su juventud? Es probable que sea cierta esta última conjetura pues algunos datos biográficos que he podido sacar de Faguet y Saint Beuve concuerdan con las aventuras de Des Grieux.

El Abate Prevost fué tan novelesco en sus ideas como en su vida: Bien podría aplicársele el verso de Voltaire

Libertin, pénitent, courtisan, salitaire

Fué jesuita, fué soldado, y otra vez jesuita, benedictino, novelista, muriendo, según dicen, de una muerte trágica, en un estado de catalepsia, pues los médicos creyéndolo muerto le han aplicado una intervención quirúrgica para saber la causa de su muerte. Según sus biógrafos, pues, la vida de ese novelista era de por sí una novela. Pero sea ésto como fuese lo cierto es que la novela está escrita con tanta naturalidad, y al mismo tiempo con tanto arte novelesco que difícil sinó imposible es al lector, determinar con precisión donde termina la realidad y donde comienza la ficción literaria.

En cuanto al lugar que ocupa como novelista en la literatura francesa basta decir que fué él quien introdujo en Francia la literatura inglesa y lo consideran como precursor sinó de Voltaire que ya de por sí sólo tenía la influencia inglesa, por los menos de Diderot y de Rousseau y sus discipulos en la segunda mitad del siglo XVIII.

Escribió el abate Prevost muchos volúmenes pero la obra que le hace inmortal, a nuestro humilde entender, es Manón Lescaut que es un modelo del arte narrativo y de profundidad psicológica.

Vamos analizarla rápidamente.

En las primeras páginas del libro nos presenta el autor, de mano maestra, una carreta trágica llena de mujeres atadas y encadenadas, que se dirigía al Havre de Grâce, para de allí, ser embarcadas para América. Algunas de esas mujeres, eran muy bonitas. Entre esas mujeres, y en estado que acabo de indicar, hallábase una “cuyo porte y semblante armonizaban tan poco con su condición, que en cualquier otra circunstancia la hubiera tomado por una persona de alto rango” Esa joven era Manón.

Conmovido el autor por este lúgubre espectáculo y movido por la curiosidad de saber algo acerca de la suerte de la “hermosa joven” se encuentra con Des Grieux que le hace algunas referencias diciéndole sus intenciones de seguirla a América. Dos años más tarde, en un día que menos pensaba, se encontró de nuevo con Des Grieux y éste le refiere con acopio de detalles todas sus aventuras y las de Manón.

Pertenece Des Grieux a una de las familias más ricas y sólo contaba diez y siete años habiendo terminado sus estudios de filosofía en Amiens cuando se encontró con Manón.

“Terminé, dice, mis ejercicios públicos con tanta y tan general aprobación que el señor obispo, que asistía a ellos me propuso entrar en la carrera eclesiástica”. Llegaron las vacaciones y en vísperas de su partida a la casa paterna vió llegar la diligencia de Arras y la siguió impulsado por la curiosidad. Encontró una joven tan encantadora que apesar de ser excesivamente tímido y no haber pensado nunca en diferencia de sexos ni fijado su atención en mujer alguna “avancé—dice—hacia el ídolo de mi corazón”. En cuanto a Manón tenía un año menos que él, sin embargo *recibió mis galanterías sin turbarse.*

Supo entonces que Manón venía a Amiens destinada por sus padres a la vida monástica *para refrenar su afición al placer ya descubierto.* Se enamora de ella con una pasión irresistible y resuelve combatir la cruel resolución de sus padres *con todos los argumentos que mi naciente amor y mi elocuencia eclesiástica pudieran sugerirme.* Resuelven finalmente burlar, ella al viejo que la acampañaba y él al amigo más íntimo, y juntos huyen a París.

Y aquí empiezan las aventuras:

Manón le corresponde en el amor; pero ella pertenece a la raza de las mujeres decaídas de nacimiento y es frágil y lasciva no por maldad sino por debilidad; y como carecen de recursos para proporcionarse los placeres a que París la ha acostumbrado, se entrega al "mejor postor" guardando, sin embargo, el corazón para el que ama en verdad. El caballero Des Grieux al tener noticia de la primera infidelidad de Manón se alarma, pero sabiendo que la vida de placeres de que a veces carecen es el único móvil que la induce hacerle infiel, no omite ningún esfuerzo a fin de procurar los recursos necesarios en cualquier forma aun por los medios más ilícitos como ser la estafa en el juego, el robo y llega hasta el crimen. En una forma singular y picaresca engaña a los pretendientes de Manón para conformar los caprichos y desenfrenos de su adorada *jamás,— dice al hablar de Manón,—tuvo al oro el menor apego; pero no podía gozar un momento de tranquilidad con el temor de carecer de él. Necesitaba placer y distracción.*

Un verdadero tipo de pícaro tenemos en Lescaut, hermano de Manón; es él quien ayuda a engañar a las víctimas de Manón. He aquí lo que le dice, cínicamente, a Des Grieux hablando de su hermana *violada una vez las leyes del sexo, aun a favor del hombre a quien amaba no se había reconciliado con ella sino con la esperanza de explotar su mala conducta y en otra ocasión: Esa muchacha debería mantenernos a todos, a vos, a ella y a mí.*

Después de la primera infidelidad de Manón Des Grieux comienza otra vez sus estudios eclesiásticos pero ¡cuan poco dura eso! pues bastaba la presencia de Manón para que la siguiera aunque sea al fin del mundo *os veo, dice, más hechicera que nunca; pero en nombre de todo lo que por vos he padecido, decidme, ¡oh, hermosa Manón! si puedo contar con vuestra constancia*". Una de sus aventuras con un hombre de influencia da con los dos en la cárcel, de donde no salen sino después de muchas dificultades. Pero una vez en libertad, Manón que atraía demasiado la atención de los hombres por su deslumbrante belleza y careciendo otra vez de recursos para una vida de placeres sin los cuales la vida le era imposible;

abandona a su amante dirigiéndole la siguiente carta: *Yo te juro; ¡oh hermoso caballero, que eres el ídolo de mi corazón y que a nadie en el mundo amo como a tí! ¿pero no ves alma mía, que en la situación en que nos vemos reducidos la fidelidad sería una bobada? ¿Crées posible amor con ternura careciendo de lo necesario? El hombre me inspiraría fatales desdenes; cuando menos lo pesares exhalaría un último suspiro creyendo exhalar un suspiro de amor. Yo te adoro, no lo dudas; pero cédeme por algún tiempo la dirección de nuestra fortuna ¡ay del que caiga en mis manos! Trabajaré para enriquecer y procurar la ventura a mi querido caballero.*

Como se ve, no era el amor a otros hombres el que la impulsaba a ser infiel, sino las riquezas de sus pretendientes y no sólo se cuidaba de sí misma sino también de su "caballero". La última aventura, que era la más trágica, tiene lugar con un hijo del que los había mandado a la cárcel, quien atraído por su hermosura cae en sus redes y Des Grieux es abandonado de nuevo, temporariamente. Y aquí es curioso notar hasta que punto llega la ingenuidad y sencillez de Manón, pues para consolar a su amante de la pena que la noticia del nuevo abandono debía causarle, le recomienda una de las más hermosas jóvenes de París por medio de la cual le envía una carta comunicándole que se reunía, temporariamente, con su nueva víctima. Des Grieux va a verla en su nuevo reino y entre otras cosas he ahí lo que Manón le dice: *Debo ser muy culpable, pues he podido causaros tanto dolor y pena tanta; pero confúndame el cielo si he creído o intentado serlo y más adelante: Ya que vuestra margura dimana de vuestros celos ya la hubiera calmado, ofreciéndome a seguiros. . . . y os imagináis que al enviaros a esa joven renunciaba a vos por el señor G. M.* (con las mismas iniciales figura también en la novela el nombre del padre que como he dicho ha sido engañado por Manón o, mejor dicho, por los tres cómplices). Pues aceptaba simplemente por ser ventajoso el negocio porque el señor G. M. era un hombre muy rico. Y para justificar el envío de la joven, declara ingenuamente que le parecía hermosa y sabiendo que su ausencia le afligiría deseaba sinceramente que pudiera distraeros

unos momentos, porque la fidelidad que de vos exijo es la del alma.

Esta última aventura, como dije, tuvo un fin desastroso porque sorprendidos en flagrante delito, al preparar el engaño al señor G. M., muere Lescaut por una traición y Des Grieux y Manón quedan reducidos a prisión, a él lo encierran en el chatelet y a ella en un "hospital".

Es de advertir que el hecho de haberla encerrado en un hospital nos dice que ni siquiera pertenecía Manón a la aristocracia de las impuras pues las grandes cortesanas sorprendidas por hurto en la vida social se encerraban no en el hospital sino en una institución que llamaban Santa Pelagia; pero el hospital servía de prisión a las plebeyas de la cofradía. Esas mujeres eran frecuentemente perseguidas por la policía y por el más mínimo escándalo, a la primera queja de un padre o de un tío bastaba para ser llevada al hospital amontonadas en carretas y de allí se remitían a las colonias y allí los colonos se casaban con ellas. (1)

Des Grieux por ser de una familia rica, al llegar la noticia, de su prisión, a oídos del padre, llega a París e inmediatamente obtiene la libertad del hijo; pero al mismo tiempo se empeña afanosamente a que Manón fuese transportada a América, en el estado que hemos mencionado al principio de este trabajo; todo ésto, como es fácil comprender, para separarla de su hijo. Inútiles son las súplicas y razonamientos de Des Grieux para con el padre a fin de disuadirlo de sus intenciones con respecto a Manón. Le dice al padre entre otras cosas: *Vivo con una amante sin haber pasado por ceremonias del matrimonio; el duque de N. tiene dos entretenidas a la faz de todo París; el señor de... hace diez años vive con una a quien ama con una fidelidad que jamás ha guardado a su mujer. Las dos terceras partes de los hombres de Francia hacen alarde de tenerlas....* Estos razonamientos no llegaron sin embargo a convencer al viejo aristócrata y mucho menos persuadirlo. Se disgusta, pues con el padre, y resuelve seguirla a América.

Tropieza con muchas dificultades en el trato de la "vigilancia de un negrero de carne blanca" teniendo que pagarles a ca-

(1) Paul de Saint Victor, obra citada.

da paso a fin de poder estar cerca de su amada hasta embarcarse. Llegan, por fin a América y tienen la suerte de ser bien recibidos por el Gobernador de la región, quien les creía casados. Viven durante algún tiempo con cierta tranquilidad. Pero ¡ay dolor! parece que estos dos amantes han nacido como, dicen las santas escrituras, "para sufrir" (1) eternamente. Y es así como una nueva desgracia se desliza sobre sus cabezas. Manón bien intencionada y arrepentida de los males, de las angustias e inconstancias con que había afligido más de una vez a su "caballero", quiere reparar sus faltas: Y bien, para demostrar su deseo de iniciar una nueva vida, resuelve casarse con Des Grieux por ceremonia religiosa. Sus inocentes ocupaciones y la tranquilidad inalterable de que gozaban, se prestaba admirablemente para esta conversión.

Manón—dice Des Grieux al referirse a esa conversión— jamás había sido una joven impia; tampoco yo pertenecía al número de estos libertinos exagerados que hacen alarde de impiedad entre la depravación de sus costumbres; sólo el amor y la juventud habían motivado nuestro desenfreno. Se inclinaban pues, como se ve al amor virtuoso y lo hubieran conseguido indudablemente, pero he ahí que sus buenas intenciones debían serles fatal, porque al notificar al gobernador que no eran casados y que querían hacerlo, éste obliga a Manón a casarse con un sobrino suyo locamente enamorado de ella; porque "Manón—dijo dependía de él (como todas las mujeres traídas a América en este estado) y se lo había prometido al sobrino".

Des Grieux y el sobrino del gobernador se batan en duelo y el resultado es favorable a Des Grieux quien mata a su rival. Temiendo la furia y la venganza del gobernador resuelven huir; pero después de recorrer unas dos leguas y abrumada Manón por el cansancio se detienen en el desierto donde no había ni siquiera un árbol para cobijarlos. Durante la noche y creyendo a Manón dormida la envuelve con su capa; pero es el sueño eterno que se le arrebató y lo separa para siempre de esa criatura adorable.

(1) Hay un pasaje en la Biblia en el cual se dice que: «el hombre ha nacido para sufrir».

Y bien lector: creo que no exigirás de mi lo que no he prometido; considero poco prudente prometer lo que no está en manos de uno cumplir y es porque nadie puede dar lo que no tiene; creo, sin embargo haber cumplido lo que he dicho al principio de este trabajo pues me proponía dar, nada más que una síntesis de un libro que he leído sin hacer crítica; y si, lector, por ventura, eres crítico sabrás juzgar mejor que yo del carácter psicológico de Manón—que es lo que más interesa—por los trozos que he transcripto en el transcurso de mi trabajo. Tan sólo un pequeño favor quiero pedirte y es: *una oración piadosa por las almas atormentadas del Abate Prevost y de Manón Lescaut. Pater noster etc...*

M. Schneider.